**2do día**

**LEVÍ O DESEAR EL ENCUENTRO CON DIOS, AÚN SIN SABERLO DEL TODO**

**PRESENCIA DE DIOS:** dedicale un buen tiempo a hacerte presente a Él. Recordá que este momento es esencial para el resto de la oración.

**PETICIÓN:** que descubra cuánto te deseo, Señor

**PUNTOS**: te propongo leer en el evangelio el encuentro entre Leví y Jesús (elegí el que prefieras: Mt 9,9-13; ó Mc 2,13-14; ó Lc 5,27-32. Luego te invito a leer esta recreación del encuentro que puede ayudarte a imaginar y luego conversar con el Señor.

***La vocación de Leví***

(José María Rodríguez Olaizola SJ. *Contemplaciones de papel*)

*«Dicen que ha curado a Tobías, el de Jonás». «Ha cogido su camilla y se ha ido a casa caminando»; «...todos lloraban»; «...pues parece ser que los fariseos están indignados y dicen que es un impío»...*

*Leví lleva días escuchando retazos de conversaciones que giran en torno a lo mismo: Ese Jesús que hace milagros. Todo el mundo parece haberlo visto. Hay quien dice que ha curado a un leproso, y otros que a una mujer indispuesta. Todos le buscan. Salen enfermos hasta de debajo de las piedras queriendo que ese hombre les toque. Parece que hoy hay menos miedo a enseñar las taras, habitualmente malditas, pues tal vez Yahveh va a cambiar el castigo en vida...*

*Leví no participa de la agitación colectiva. Todo lo que oye es prestando atención disimulada a conversaciones ajenas. Nadie viene a darle la última noticia; ninguno de sus vecinos parece querer compartir con él la curiosidad por este galileo que habla con autoridad y refuerza sus palabras con sanaciones admirables. Aunque está acostumbrado a ese silencio, le hiere la familiar combinación de fracaso y tristeza que “le asalta en momentos como este, cuando quisiera ser uno más y participar de la excitación generalizada. Es en estas ocasiones cuando más pesa su aislamiento. Siempre que le ronda este sentimiento de soledad, le viene a la memoria todo lo que le ha conducido hasta aquí. Sabía a qué se exponía cuando aceptó trabajar para los romanos. En aquel momento, la certeza de una paga le pareció compensación suficiente. Después de todo, estar a bien con los vecinos no llenaba el estómago, y sí lo haría el recaudar impuestos. Sólo quería huir del hambre. Había visto demasiados ojos famélicos, había perdido a seres queridos y se había hecho duro. ¿Quién podía culparle?*

*Y, sin embargo, le culparon. Empezando por sus propios padres. La mirada dura del viejo Alfeo y la tristeza en los ojos oscuros de Lea le siguen doliendo hoy como el primer día. Ese reproche que no tiene palabras, sino únicamente un silencio denso, incómodo, que ya no intenta romper. «Algún día, cuando no tengáis que comer, ¿dónde quedará ese orgullo y ese desprecio? Vendréis a que sea yo quien os ayude, pesarosos por haberme arrinconado», pensó entonces. Pero no. Siguieron viviendo con poco y jamás acudieron a pedirle ni un mendrugo de pan. Sus amigos le dieron la espalda. Se acabaron las largas horas de conversaciones a la orilla del lago, la familiaridad y las bromas. Pero ellos tendrían que haberlo entendido...: siendo pescadores tenían un medio de ganarse la vida. ¿Qué podía hacer él?*

*En un primer momento le atenazó la duda y le asustó el rechazo de los suyos. Luego se convenció a sí mismo de que era su única oportunidad y aprendió a ser duro. Sin embargo, las justificaciones cada vez pesan menos, y el rechazo y la hostilidad de los vecinos cada vez muerden con más saña. Hay otros igualmente agobiados que resisten sin venderse a los romanos. Siempre en el límite, siempre con esa mirada desesperada en los ojos, pero resisten. El pueblo se ha acostumbrado a sobrevivir ante la adversidad.*

*Él no quiere vivir en esa incertidumbre. No quiere acostarse de nuevo sin saber si mañana habrá un pan sobre la mesa. Así que trabaja para el invasor. Colabora con los opresores, a quienes todo el mundo odia. Cobra los impuestos e informa puntualmente sobre las deudas y los incumplimientos. Aprieta a sus vecinos, obligándoles a pagar, sacándoles lo poco que tienen. Y vive bien, aunque por dentro le atenaza la angustia. Sin ser demasiado consciente de ello, ha empezado a despreciarse a sí mismo. Ya no quiere pensar demasiado en lo que hace. La culpa trae de la mano a la soledad. Y así, cada vez que reclama un tributo, denuncia a un conocido o percibe el odio en la mirada de los suyos, un grito pugna por escapar de sus labios. Pero no hay marcha atrás. Lo sabe. El perdón no forma parte de la lógica de sus gentes; y tampoco tiene valor para desandar el camino andado. Así que intenta no pensar demasiado y se va aislando en un mundo donde sólo caben otros como él, los impuros, los malditos, los traidores...*

*El murmullo creciente le saca de sus cavilaciones. Un gentío considerable parece desplazarse hacia la orilla del lago. «¡Es el maestro!». «¡Es Jesús!».*

*Lleva días oyendo hablar de él. Parece ser que es un galileo que habla de Yahveh y lo hace con una autoridad a la que ya no están acostumbrados. Un hombre que cree en lo que dice. ¿Tal vez un profeta como los de antaño? No nos vendría mal alguien que denunciase toda la hipocresía de nuestro mundo. Por un instante siente algo parecido a la ilusión. Sin embargo, de inmediato piensa que el primer denunciado sería él, un maldito colaboracionista, y un ligero rubor cubre sus mejillas afiladas al pensar en ese galileo señalándole con inquina y desprecio ante la hilaridad general. Sí, la culpa es un mal compañero de cama, que consigue entrar en cada resquicio y arruina cada esperanza. Se muerde el labio inferior e intenta concentrarse en el recuento de lo que va ingresando hoy.*

*“Hay poco movimiento en la mesa. La gente no tiene prisa en pagar, y mucho menos cuando algo les saca de la rutina. Ese Jesús tiene obnubilada a la multitud. Lo ve a lo lejos, a la orilla del lago, pero no alcanza a escuchar sus palabras. ¿De qué estará hablando? Lleva un buen rato dirigiéndose al gentío. Leví ha escuchado lo que dicen de él. Es lo único que puede hacer: escuchar casi a escondidas, fingiendo desinterés para no provocar la estampida de quienes conversan, molestos por su intromisión y satisfechos al poder castigarle con su rechazo. Y así ha oído que este hombre habla de misericordia y de perdón, y que no parece juzgar con las mismas categorías con que los maestros de la ley excluyen y tachan a todos los que no son perfectos. «¿Y quién lo es?», piensa Leví con amargura. Dicen que Jesús toca a los impuros, y que no tiene miedo de curar en sábado, aunque ello le acarree críticas. Si sólo eso fuese verdad, si este hombre fuese capaz de superar el yugo de una ley que cae con todo su peso sobre las vidas, entonces tal vez Leví tendría aún una oportunidad...*

*Parece que Jesús ha acabado de hablar. La muchedumbre se dispersa. Ahora aprovechan muchos para venir a ajustar cuentas. Y, como de costumbre, se suceden los lamentos de quienes no pueden hacer frente a las deudas y suplican un aplazamiento, y el odio no disimulado de quien paga muy a su pesar. Frente a ellos, Leví pone su máscara de piedra e indiferencia y se concentra en su trabajo.*

*La mañana avanza. La fila llega a su fin, y hay un momento de quietud. Las últimas horas han sido intensas. Alza la mirada y se encuentra con los ojos del galileo. Está bastante cerca y mirándole directamente. Hasta ahora, Leví ni siquiera se había percatado de su presencia, y le sorprende que lo esté observando sin ningún disimulo. ¿Qué vendrá ahora? ¿Es éste el momento en el que descargará sobre mí toda una retahíla de imprecaciones y descalificaciones?, piensa. Pese a que está acostumbrado a eso, siente que la amargura se anticipa a enseñorearse de él. Baja los ojos, deseando que Jesús pase de largo y le deje tranquilo, temeroso de atraer sobre sí una atención innecesaria y hambriento, sin saberlo, de una acogida que intuye imposible. Sin embargo, no es capaz de ignorar la presencia cercana, y vuelve a alzar la vista. Los ojos de Jesús siguen clavados en él. No es casualidad ni curiosidad. Parece estar ahí por él.*

*Leví le mira entonces con un mudo interrogante en el rostro. «¿Qué?», parece preguntar en silencio, a medio camino entre el desafío y la súplica.*

*Jesús tiende hacia él su mano abierta, boca arriba, como invitándole a tomarla. «Sígueme».*

*Una sola palabra. ¿Una invitación, un ruego o un mandato? No sabría decirlo. Y, sin embargo, ese verbo le alcanza como un puño que le derribase, o como una caricia que le envolviese. Alguien cuenta con él. En un instante infinito, siente que no está solo. Siente que este hombre que le llama también le conoce tal como es, y no le juzga ni le desprecia. Cae sobre él, enorme, el peso de esta soledad acumulada que lleva tanto tiempo acarreando. Y anhela desesperadamente sentirse de nuevo querido, aceptado, acogido... Cae sobre él la vergüenza por su traición a los suyos, quizá porque por un instante intuye que este reconocimiento no le va a aniquilar, sino que hay alguien capaz de contar con él a pesar de todo. Cae sobre él la pena por los pasos que ha dado. Pero, curiosamente, no es la culpa lo que se impone, sino un enorme alivio al sentir que hay mucho camino por delante. Un camino en el que hay que vivir esa misericordia y bienaventuranza, en el que hay muchas heridas por sanar. Un camino acompañando a este que ahora le invita a seguirle.*

*El rostro de Leví es impenetrable. Lleva tiempo aprendiendo a ocultar sus emociones, mostrando un semblante impasible y pétreo. A simple vista, nadie diría lo que está ocurriendo en su interior. Los testigos de este encuentro sólo ven –con sorpresa– que el rabino de Galilea se ha dirigido a este pecador, y no es para reprocharle nada, sino para llamarle a formar parte de su grupo. La gente se extraña, no sabe qué pensar. ¿Qué va a hacer el desleal? ¿Ignorarle, como hace con lo que le suena extraño? ¿Le dirá algo desagradable, como acostumbra a hacer con tantos de ellos? ¿Acaso le dirigirá alguna palabra amarga o le echará con cajas destempladas? Se sorprenden cuando ven el semblante del recaudador, siempre tenso, suavizarse en una sonrisa, al principio tímida, después más amplia. Luego se levanta y aprieta la mano que se le ofrece. Besa la mejilla del galileo. Y cuando éste da la vuelta y emprende la marcha, Leví le sigue. Algunos le miran estupefactos.*

*Al echar a andar, se siente liviano. No sabe adónde va, pero confía en este hombre que le ha llamado. No sabe qué va a hacer, pero al fin puede desprenderse de esa carga de sinsentido y vacío. No puede borrar todo lo que ha hecho. Pero nadie se lo pide. Tiene que aprender de su fragilidad y de su fortaleza. Ahora no le da miedo ni el hambre ni el fracaso, ni la fatiga ni la intemperie. Porque sabe que, siguiendo a este Jesús, siempre estará en casa.*

**COLOQUIO**: una vez que el texto del evangelio y esta recreación hayan movido algo en tu interior ponelo en palabras y dialoga con el Señor.

**EXAMEN DE LA ORACIÓN:** ¿Con qué me quedo de este encuentro con Jesús y Leví? ¿Qué dice de mi encuentro con él? ¿A qué me siento llamado, llamada desde el lugar dónde estoy?